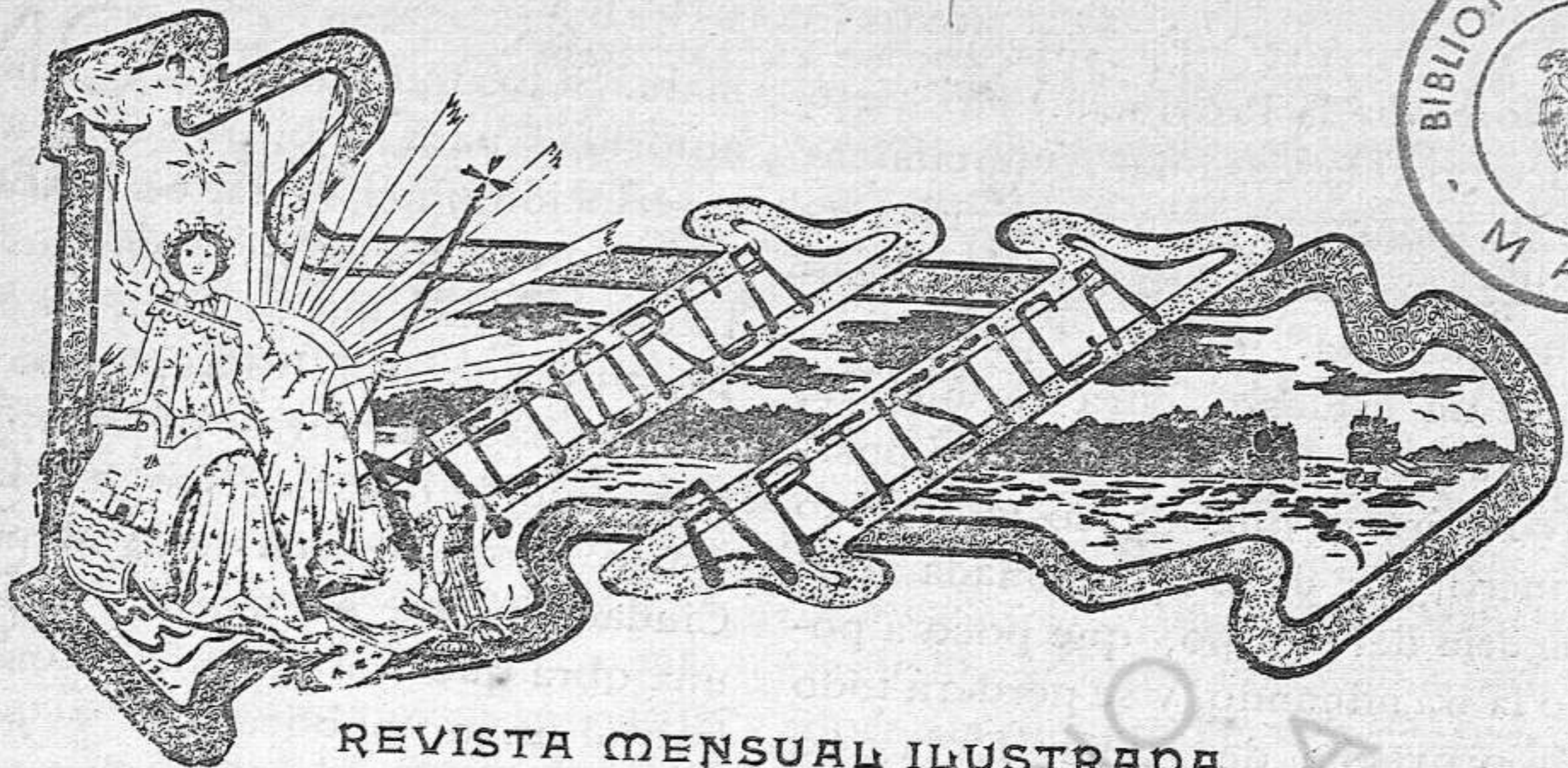


S.M.) R. 60



REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II.

CIUDADELA, 31 DE AGOSTO DE 1904.

NÚM. 17.

## CUALQUIER COSA

**H**ACE dos días, un amigo querido, tropezando casualmente conmigo, me dirigió esta pregunta: ¿podría V. escribir un artículo para MENORCA ARTÍSTICA? ¿Sobre qué? Contesté. Pues, sobre cualquier cosa, me replicó.

Acepté el compromiso, resuelto desde luego á escribir sobre cualquier cosa, sobre lo primero que se me ocurriera, ya que hemos alcanzado unos tiempos en que la libertad de escribir, pensar y hablar se ha erigido en principio, y el que más y el que menos puede echar su cuenta á espadas, y dogmatizar á su gusto y placer en todo género de ciencias y artes, sin preparación de ninguna especie, sin sujeción á ninguna regla ó criterio. Estando así las cosas y habiendo convenido en que la libertad se extienda hasta el extremo de poder despotrizar y andar á tira la greña con la gramática, la lógica y el sentido común,

¿no es cosa fácil sentar plaza de escritor? Manos á la obra, pues, y salga lo que Dios quiera.

Este pequeño preámbulo explica el porqué mi articulejo lleva el lema de "*Cualquier Cosa*", que es lo mismo que decir que, puesto en el compromiso de escribir ha de ser con relación á alguna cosa real y existente, y pudiendo elegir entre muchas, me ha parecido del caso y de oportunidad fijarme en la Casa Consistorial en construcción, que es una de las cosas que más ponen de manifiesto nuestra apatía y descuido, y que por fuerza á de llamar la atención de los viajantes que por primera vez visitan la Ciudad.

La casa en cuestión, al menos en su exterior, es hermosa y elegante, y en su conjunto presenta un golpe de vista sorprendente; como obra de arte es muy notable, y una vez terminada podría figurar entre las

mejores de la Provincia. He visto hace poco la Casa del Ayuntamiento de Palma; es grandiosa, un verdadero palacio; pero no es más bonita que ésta. ¿Porque, pues no se hace un esfuerzo para terminarla? Es un dolor que una obra de positivo mérito, que ha costado tanto dinero, se deje abandonada á la incuria del tiempo, que poco á poco la irá minando, y se perderá todo sin provecho de nadie. Es la casa del pueblo, y el pueblo debe tener empeño en que se lleve á feliz re-

mate. Si los que pueden y tienen autoridad para ello, iniciaran una suscripción popular, tal vez se conseguiría el objeto. ¿Porque no se intenta? O sino que se haga un empréstito, que es lo que por lo común se hace en otras partes, para esta clase de obras. Algo hay que hacer, porque es una mengua para Ciudadela que se deje en ruínas una obra que tanto habrá de contribuir al ornato público.

P. C. y M.



## EL VERANÉO

**B**IENAVENTURADOS y envidiados aquellos que pueden pasar el rigor terrible de este verano á la sombra de los bosques, junto á una fuente, cerca de un río, al abrigo del mortífero calor que hoy se respira. Nosotros cuya posición y ocupación nos encierra en la ciudad, y obliga á tomar baños de sol, que por más que algún reputado médico dice que es higiénico, á nosotros nos parece bastante molesto, y desearíamos, de buena gana, pasar á mejor vida, no morirnos, se entiende, pues lo que ambicionamos es ver muchas Navidades, no por el pavo, ni por las felicitaciones de nuestros nietos, pues no los tenemos sino para ir á mecernos y abanicarnos en un fresco y elegante *Chalet* de la Suiza, ó de otra parte, tal como nos los describen las novelas y nos los pintan los

cromos. Pero como nada de esto nos es posible, nos contentamos con nuestra suerte, y esperamos á la noche con ansiedad para tomar el fresco en nuestros portales, en unión de la familia, y entablando algún diálogo con nuestros más próximos vecinos, y así vamos pasando.

Antiguamente en esta pablación los señores que poseían prédios iban á pasar en ellos los meses de Abril y Mayo; si bien es el tiempo en que la campiña está más hermosa, la vegetación más rica, los prados más floridos, es la época también en que se está perfectamente en la ciudad; los días son buenos y templados, y sin fatigarse se pueden dar muy buenos é higiénicos paseos. Ahora hace algunos años que los señores ricos, en vez de ir á sus propiedades durante la

primavera, van en la fuerte estación del calor, lo que nos parece muy acertado.

Muchas familias cuyas ocupaciones independientes se lo permite, van á pasar el estío en Villa-Cárlos. Apenas llega el día de Nuestra Señora del Cármen, que como otra bandada de golondrinas huyen á veranear en dicho pueblo. La mayor parte de éllas tienen su casita propia, y hasta hay una calle que se llama *Calle de los Mahoneses*, por estar toda ocupada por paisanos nuestros.

Villa-Cárlos es un pueblo muy agradable y pintoresco, de una blancura deslumbradora; sentado á la orilla del mar, rodeado de varias calas, que lo embellecen, y de miradores de los que se ve la bonita isleta del Hospital Militar, la Fortaleza de Isabel II (la Mola), la boca del puerto y el vetusto castillo de San Felipe.

Villa-Cárlos es un pueblo de escasa vegetación, su falta de aguas y su terreno arenisco le impiden descollar por su frondosidad.

Pero en cambio su aseo y su proximidad al mar le hacen muy agradable.

La entrada á dicho pueblo es muy pintoresca. Se encuentra enseguida una ancha plaza, en donde se levanta la iglesia parroquial, bastante grande y espaciosa, y otras casas de hermosísimo aspecto. Desde allí se cruza una ancha calle adornada de árboles que termina en una vasta y alegre explanada circuída por cómodos y espaciosos cuarteles, antes ruinosos, hoy restaurados y ocupados por una regular guarnición.

Hoy la situación de Villa-Cárlos ha mejorado mucho; animado por la tropa y por las muchas familias que allí viven, no solo le dan vida, si que también aumentan y enriquecen su pequeño comercio. Es de desear que esta situación continúe por bien de aquellos buenos y laboriosos habitantes.

A. Marcelina Vinent de Carreras.

Mahón 17 Agosto 1904.



## CASETAS

Si d'un punt elevat es mira el camp proxim á Ciutadella, se veu una gran extensió de terreno, pla com es call de sa ma, si s'exceptuan sas alturas que cauen á sa part de sa *Torre del Ram*, y que per cert no son molt altas. A

trossos se veuen abres, per tot parets y colque camí... pero lo qui mes crida s'atenció son sas moltes *casetas* que 's veuen pel camp, com si l'his hi haguessin esbrufades. ¡Tantas n'hi há!....

Encara no fa molts anys, m'en

record molt bé, que solament 's ve-  
yen pe 'l camp sas casas dels *Llochs*  
ó posesions y colque caseta d'hortal;  
pero lo qui 's ara, per cada *Lloc*,  
n'hi ha moltes ferm de casetas,  
perque tots els qui tenen hortal, y  
son molts avuy en día, gracias á  
Deu, procuran ferhí una caseta per  
si acás els hi agafa s'aigo cuant hi  
van á buchular, y també per tenir-  
hi els arreus..... Y com avuy en día  
tots havem pujat un punt á lo me-  
nos, y tenim un poch de señoriú,  
perque es temps ho dú, mols solen  
anar á dinar ó á sopar á s'hortal, y  
fins y tot á ferhí *s'estada*.

¡Molt ben pensat! De tots modos  
es una diversió ben inocent y un  
cuadro molt agradable el que ofe-  
reix una familia, qui en días tals y  
quins s'en vá á dinar ó á sopar á  
s'hortal ab tota sa caninea.

En cuant á *s'estada* ja no son tants  
qui la puguin fer, perque per axó  
ses cases de camps han de tenir  
certas condiciones, y no tots poden  
arribar tan amunt, y encare y tot  
que hi arribassin, no tots poden de-  
xar sas sevas ocupacions per anar  
á estar cama alta á s'hortal ó en es  
lloch. ¡Pero vejau si se gent s'en-

giña! Ja que no poden estar tot lo  
día en el camp hi passen sas nits, y  
axó ja 's un consol; y axí veureu  
que á hora baixa s'en van chano,  
chano á s'hortal ó en es lloch, y  
en arribar se posan á la fresca, fora  
sau, sopen y cuant es hora s'envan  
en es llit. Al s'en demá dematí ja  
son partits á ses sevas obligacions,  
y com es sol ja pastura, perque es  
deschondeix molt dematí en s'estíu,  
es solen armar d'un parasol, si es  
que no 's poden permetrer el luxu  
d'anar y venir en coche.

Aquest modo de viurer no deixa  
de ser agradable perque romp se  
monotonía de tot l'any. Pero jo  
duch dins es cap que ni ha qui es-  
tarian ab mes comoditat á casa seua  
qu'en es lloch ó á s'hortal, perque  
allá no tothom pot tenir ses cosas  
tan arregladas; pero sía com sía  
fan *s'estada* qu'es lo que importa,  
y ja 's sab qu'en anar á vega men-  
jan en terra. Y después cada un té  
es seus gust, qui d'un modo qui de  
s'altra, y si á élls els hi agrada axí,  
no hi tench res que dir, y tan amichs  
com antes.

EN COLAU.



## LOS DÉBILES

**M**ÁS débil que Joselillo no había  
otro en la comarca, á buen se-  
guro; pálido, enclenque, casi tullido,  
sufría el pobre mozo la terrible  
ley de herencia, la que transmite á  
los inocentes hijos la sangre vicia-

da y corrompida de los padres cul-  
pables.

Apoyado en un delgado baston-  
cillo de caña, daba un corto paseo  
todas las tardes; el tiempo en él  
empleado, debiendo ser de expan-

sión, era de sufrimiento, de martirio, porque los astrosos rapazuelos del pueblo se burlaban de su aspecto enfermizo, se mofaban de él llamándole á voz en grito *señorito chupacirios*. Joselillo, sintiendo apagados los bríos de su alma en su cuerpo agostado por la consunción, aguantaba con amargura los groseros insultos de los arrapiezos; y estos reían... reían con risitas agudas, punzantes... Un mozo de dieciocho años, demacrado, que á duras penas puede sostenerse sobre sus piernas, triste, encorvado, ¿no provoca á risa?

Una tarde, llegaron los chicuelos hasta á lanzarle unas piedras, azuzados por un mozalbete desvergonzado, fornido, que se reía de Joselillo y de su bastón, de aquellas

*dos cañitas*, como decía. con zumbón acento.

La indignación explotó en el alma del enfermo; podía él soportar la befa de los muchachos, pero la de aquel jovenzuelo... ¡Y estaba allí, á dos pasos, desafiando su impotencia con procacidad cobarde!

Y con insólito rápido esfuerzo, aquel pobre avanzó un paso, enarboló el bastoncillo y descargándolo con toda la fuerza de su debilidad exasperada sobre la cabeza del confiado bravucón, cayó éste desvanecido por el dolor, bañado en sangre...

El bastoncillo de quebradiza caña, estaba reforzado en su interior con una varilla metálica, con un *alma* de hierro.

Lafuente Vanrell.

## A cada cual lo suyo

AL cultivo dedicado,  
con dos asnos que tenía,  
el tío Perico vivía  
ni envidioso ni envidiado.

Más como nada hay seguro  
un día murió un borrico  
y se encontró el tío Perico  
metido en un gran apuro.

Y exclamó:—*Pues está bueno,  
ahora se mueve el muy bolo,  
¿quién con un borrico sólo,  
siembra CEBÁ ni centeno?*

*Más no se ha é icir que un baturro  
se queda en poco atrancao,  
me engancho yo en el arao  
y ya no hace falta el burro.*

*Juanillo arreando derecho;  
y el burro y yo en el timón,  
no ha de haber en TOO Aragón  
como este ningún barbecho...*

Y lo hizo cual lo pensó;  
y mientras ellos tirando,

iba el muchacho gritando:

—*¡Arre, burro! ¡Padre, sóo!*

Pero, como es natural,  
el arado se torcía  
y la operación salía  
un poquito desigual.

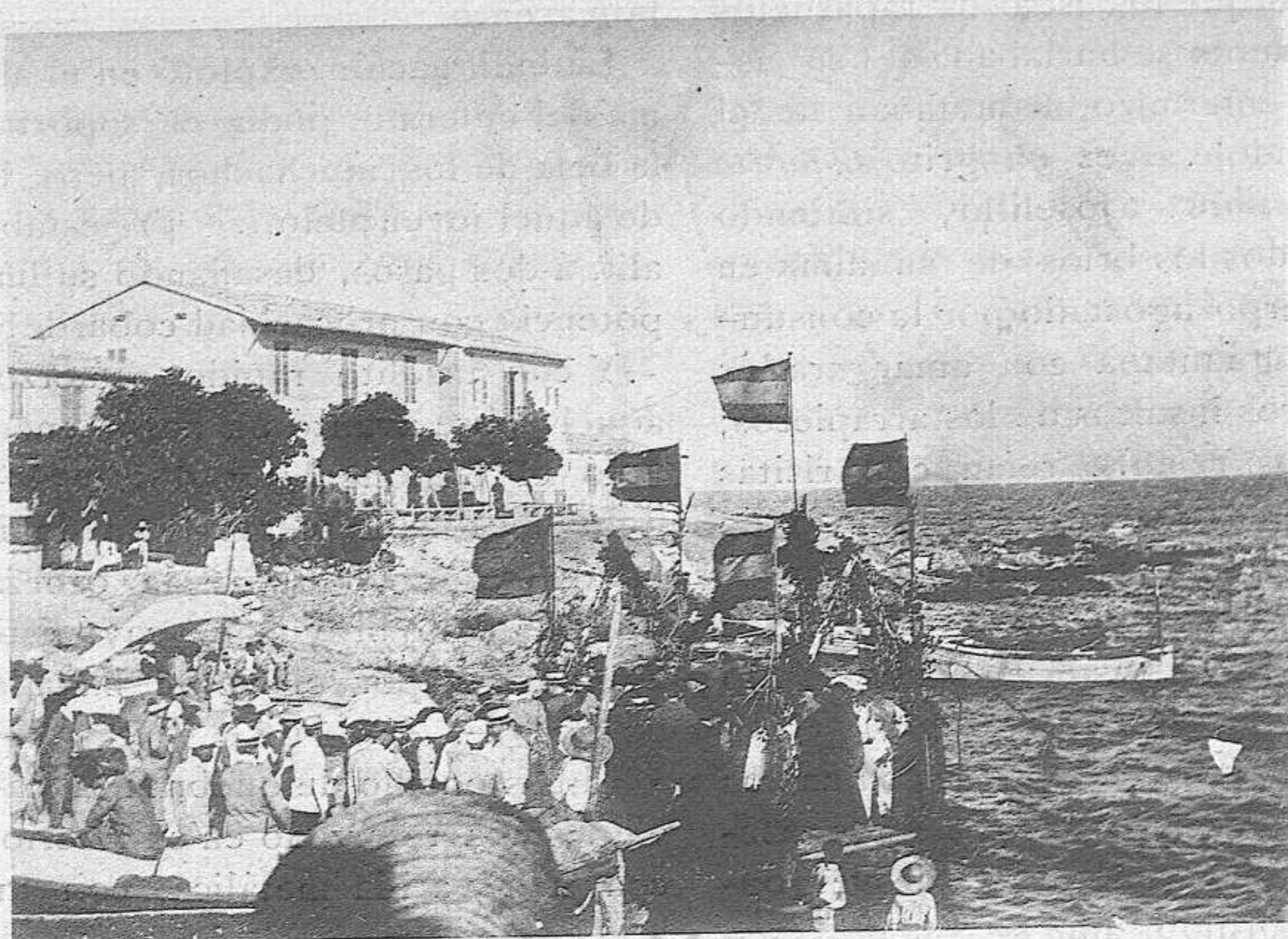
Y notando el tío Perico  
que Juan, palos no le daba,  
en tanto que castigaba  
con gran exceso al borrico,  
se paró, y dijo muy fiero:  
—*Chiquio, na de distinciones;  
pa el hombre que tié calzones  
la justicia es lo primero.*

*Si el borrico es aquí el malo,  
palo y más palo al borrico;  
si el malo es el tío Perico  
lo mismo, palo y más palo.*

*Por última vez te arguyo  
y á otra te rompe la cara,  
agarra bien esa vara  
y dale á ca cual lo suyo.*

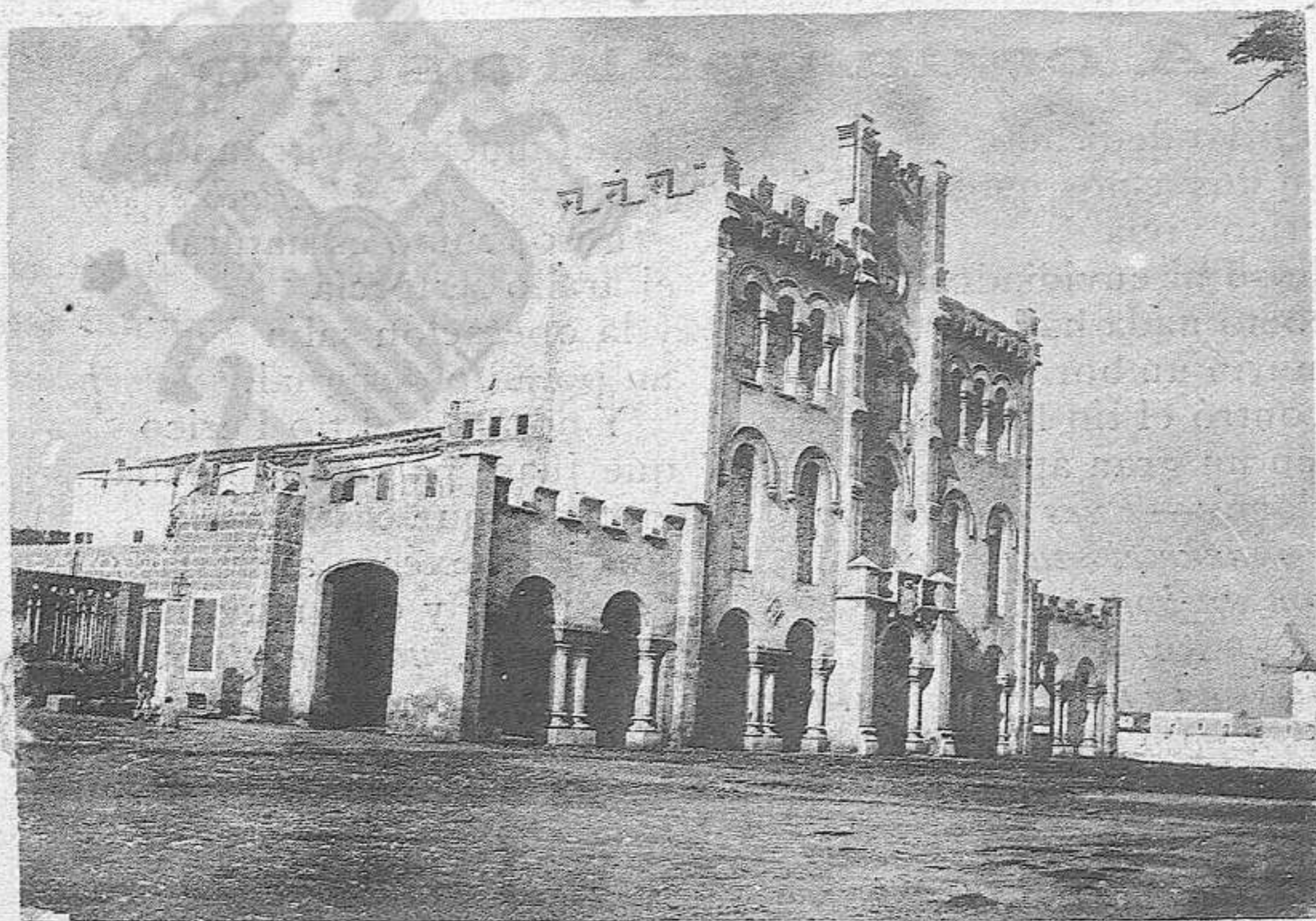
## MENORCA ARTÍSTICA

### Expedición Eucarística menorquina á Artá (Mallorca)



Neg. N. Comella.

Cala-Ratjada al desembarcar los expedicionarios

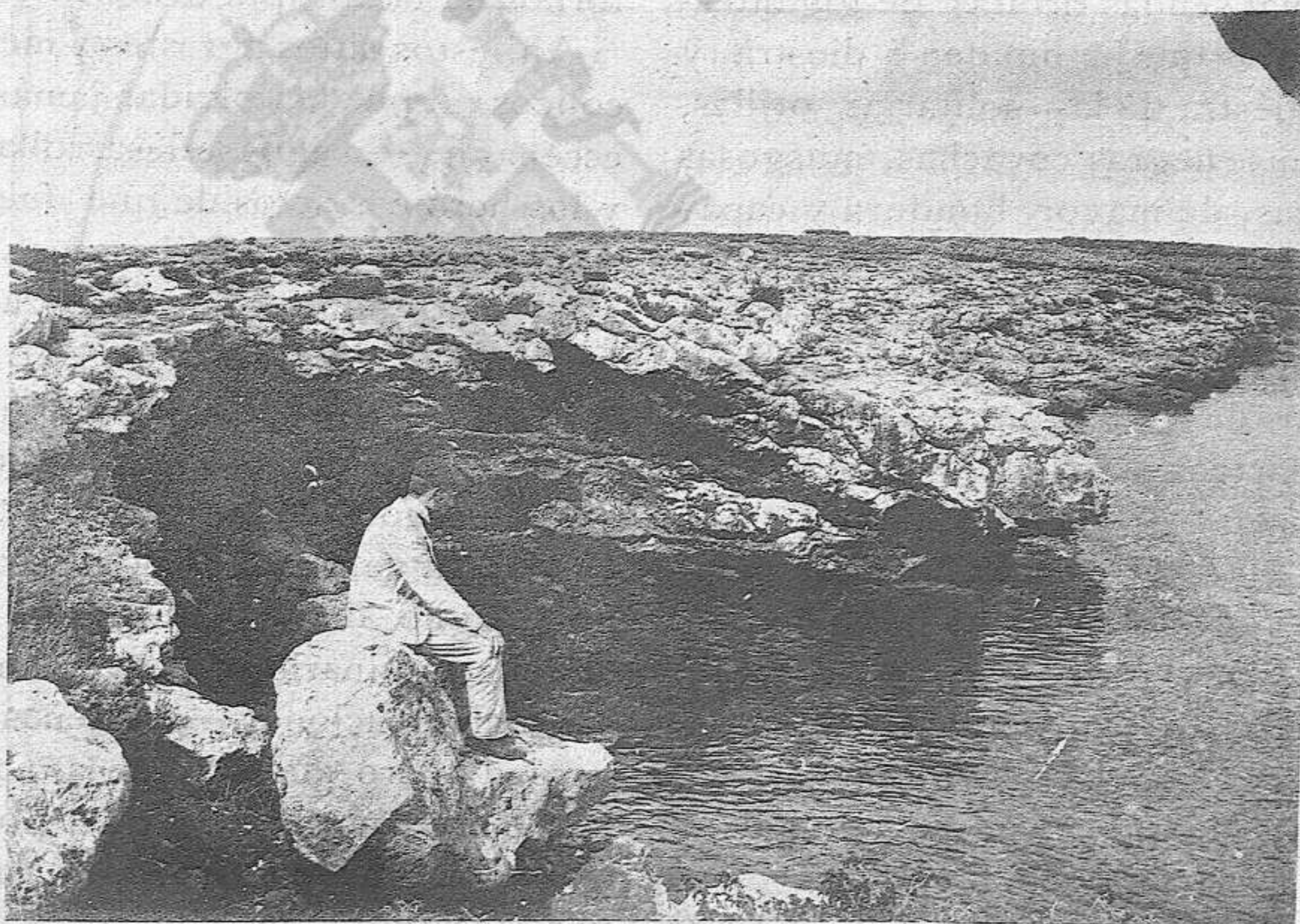


(Ciudadela): Casas Consistoriales en construcción

MENORCA ARTÍSTICA



(Ciutadella): Puente natural en el "Castellá"



(Ciutadella): Ensenada en la cala de Santandria



## SANTANDRÍA



(CUENTO)

**A**L que por vez primera visita la hermosa cala, cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, le sorprende á no dudarlo el aspecto algo misterioso y fantástico que ofrecen aquellas parduscas rocas, desnudas aquí, allí recubiertas de olorosa retama, que se prolongan á ambos lados de la ancha boca, ya batidas por el violento oleaje, ya lamidas suavemente por las azuladas aguas que llegan á dormir sueños de amor en las blancas arenas de la playa.

Cual sendas órbitas de gigantes cos ojos que se hundan á diestra y á siniestra de las solitarias orillas, ábrense negras covachas, musgosas grutas, de mayor hondura y capacidad las que se internan en tierra firme, en los paralelos peñascales, á cuyos piés dilátanse los oscuros senos de un barranco.

Plácidas corrientes de agua dulce brotan de entre la menuda yerba, siguiendo, jugueteando siempre, muy breve curso hasta confundirse con las del mar.

Cierran la playa de un lado un nutrido cañaveral de inquietas ojas que ondulan constantemente al soplo de la brisa; luego rocas escalonadas, pardas y rojizas; familias de junqueras hermanadas con las algas marinas que hácia allá acumula el viento; manchas verdes de

todos matices alimentadas por el frescor del barranco, y por fin nuevos peñascos que se extienden hasta el mar.

Aquellas cuevas, abandonadas hoy, mansión del silencio y de la muerte ¿lo fueron asimismo en los pasados tiempos? ¿resonaron bajo sus grotescas bóvedas en lejanas centurias otras voces que los zumbidos del viento ó del mar indómito, preso entre arenas? ¿reflejaron temblorosas aquellas aguas otra cosa que el azul del cielo y los contornos de la abrupta orilla?.....

Ah! estos sitios agrestes y melancólicos no pueden olvidar jamás las escenas que en ellos se desarrollaron y los heroicos actos de que fueron testigos, aún entre mil rasgos de salvajismo y de estúpida fiereza.....

Por aquí arduvo el amor.

\* \*  
\*

Cuando gemía Menorca bajo el yugo ominoso de los sarracenos, y Ciudadela veía alzarse por los aires no el signo de la redención, sino el del sanguinario profeta, numerosas embarcaciones, pequeñas en verdad, pero de mucho aguante, lanzadas al mar más que por la ambición y sed de oro, por la de venganza y de un odio encarnizado, mantenían en continuo movimiento las tranquilas aguas de la cala que nos ocupa. Entraban y



salían cien veces al día en busca de nuevas presas con que saciar su hambre de carne cristiana; y apenas, lejos de la costa, después de fiero abordaje á algun jabeque enemigo, izábase negra bandera junto al tope del rudimentario moruno esquife, abandonaban en un instante sus grutas ribereñas y sus viviendas prehistóricas multitud de seres desgraciados, hormigueando por la orilla, para cantar los unos el *¡hurra!* al vencedor en nombre de Alá, y derramar á hurtadillas los otros alguna gotica de consuelo en el corazón de los nuevos esclavos: la negra enseña éralo de buena presa, y en las sombrías cuevas moraban confundidos moros y cristianos.

Descendiendo por entre malezas y atravesando las deliciosas huertas del barranco, encuéntrase á la derecha dos cuevas espaciosas, debidas no á la naturaleza en su totalidad, sinó en gran parte al trabajo de los hombres. De lo que fueron en otro tiempo semejantes lugares, sólo restan ligeros vestigios, que el tiempo, de siglo en siglo y de año en año, trata de borrar para siempre. Sirven hoy de sitio de refugio á las bestias contra los elementos tempestuosos, y el humedecido polvo ha sustituido los regios brocados y á las telas de damasco que guarnecieron sus paredes; cenagosos charcos y agrietadas rocas vénse tan sólo, dónde tendíanse muelles alfombras y recamados cojines; y alguna rama de árbol vecino, dónde relucía el bruñido alfanje y colgaba la tajante cimitarra. Grue-

sos cortinajes cerraban el paso á la suntuosa morada. En ella habitaba Omed, el dueño de aquellos campos y el señor de aquellos infelices, que dedicados á la piratería, formaban la corte de un príncipe cruel como mahometano, receloso y vengativo como padre de una hurí; era ésta la bella Zedma.

\* \*  
\*

Esbelta, de gentil y gracioso talle, de vivos y chispeantes ojos, sonriente boca, frente tersa y dorada cabellera, tal era la encantadora hija de Omed; collares de perlas y de topacios, gargantillos de oro y zarcillos del mismo metal cuajados de rubíes aumentaban sus hechizos, indefinibles en verdad al desplegarse los rosados labios y dejarse oír su argentina voz, de ángel á no tratarse de una infiel.

Y aunque, al decir del refrán, no haya sábado sin sol, ni doncella sin amor, no lo tuvo Zedma hasta entonces á ningún mortal fuera de su anciano padre; á su madre no la había conocido. Omed leíalo perfectamente en el corazón de su hija única, y envaneciéndose de éлло, preocupábalo tan sólo el pensamiento de quien había de ser el bravo al que cediera su incomparable tesoro. Tal pensamiento revolviase en su mente, y siempre entre ríos de sangre, entre montones de cabezas, entre haces de cadáveres. ¡Infeliz Omed! los achaques de su edad no eran comparables con los delirios que despertábale la suerte futura de su hija; crueles melancolías roíanle las entrañas, y enfermó, enfermó gravemente.

Zedma prodigábale en vano los tiernos cuidados que puede sugerir el corazón amante de una hija: Omed no mejoraba. Una violenta hipocondría habíase apoderado de su ser; y cuanto le rodeaba dábale hastío, sus ojos no encontraban alivio en parte alguna.

Sus antiguos vasallos y sus más fieles esclavos no abandonaban la morada de Omed, ellos que mil veces habían jurado ser los defensores y rendidos siervos de la hermosa Zedma, luego que su padre dejase de existir entre los vivos.

Jaláh, Giauro y Benijámet rivalizaban en consolar á su viejo señor, y más que á su señor, á la bella joven que muchas veces cubría con las trémulas manos del enfermo su fresca tez y sus pardos ojos, convertidos en ríos de lágrimas.

Jaláh, valiente mozo, pero sagaz y conspirador ¡cómo lo sabían los cristianos! afectaba mayor pesar que sus compañeros por las dolencias de Omed; acudía constantemente á la cómoda tienda de su amo, y sus frecuentes visitas ¡bien se echaba de ver! no eran desinteresadas.

¿Qué cálculos, allá á sus solas, había echado? ¿qué proyectos había concebidos? Él era ciertamente, á quien Omed más distinguiera en los días de gloria y de fortuna ¡triste verdad que más de una vez la experiencia confirma, cuando, ignoramos por qué ley, prefiérense y son encumbrados los espíritus viles y de notoria ruindad!

La predilección de Omed por Jaláh no se le ocultaba á la cariñosa

Zedma; pero ésta mostrábase indiferente. Como leía Omed inocencia y amor en el corazón de su hija, ésta leía orgullo y ambición en el del vasallo astuto y adulator; y las vilezas de Jaláh, aún envueltas en el cariño, no podían satisfacerla.

Jaláh iba luchando sin pensarlo con el mayor de sus enemigos, y cual nunca en su vida sentía en su pecho latidos fuertes y descompensados.

Omed, semihundido en almoadones de seda y plumas, siempre penando bajo el peso de una tristeza mortal, veía entretanto acercarse el fin de sus días. Lo único que le prestaba algo de vida era el relato de antiguas historias y de famosas guerras. Pero sus amigos y sus esclavos habían ya agotado en los días de la enfermedad todo el repertorio de noticias interesantes y sorprendentes.

—Un cristiano hay, allá en una de las covachas de Levante, dijo Jaláh dándose una palmada en la frente, muy diestro en eso de ciencias de lo pasado; aseguro, buen Omed, que su plática os fuera agradable, y su trato placentero.

—¿Cristiano has dicho? contestó Omed, incorporándose intuitivamente en el mullido lecho.

—Cristiano, sí; pero os repito que no os pesarán ni su mirada ni su voz; veo que los musulmanes le hablan y le respetan, y los cristianos... es el padre de todos. ¿Queréis que os lo traiga aquí, á vuestro lado?

Omed se encogió de hombros, como entregándose á la voluntad

de Jaláh, y fué bastante este movimiento para que el jóven y apasionado moro, creyéndose desde entonces dueño del campo, saliese de la estancia en busca del cristiano, no sin antes clavar sus ojos en los de la hermosa Zedma como diciéndola: mira como quiero yo á tu padre! ¿á quien, después de él, amará tu corazón? Y el suyo, siempre anhelante, quedó esperanzado y henchido de contento.

\*  
\*\*

Ningún interés extraordinario, á decir verdad, inspiróle á Zedma la presencia del cristiano en sus primeros momentos. Andrés sin ser feo, nada tenía ni de arrogancia en su figura, ni de belleza en su semblante, cuya palidez acusaba larga historia de padecimientos. Pero á medida que para aliviar al enfermo, iba recordando hechos legendarios de tiempos antiguos, y recorriendo el engrandecimiento y el apogeo de los pueblos guerreros, su rostro parecía recobrar gracia y expresión, y fuego y vida sus palabras, sin perder nada de su dulzura característica, cualidad que admirábase sobre todo en los atinados razonamientos con que acompañaba el relato de las historias. Omed, sin darlo á entender, sentíase satisfecho; y Zedma, la hermosa Zedma, escuchaba con fruición las brillantes narraciones de Andrés, hácia quien notaba allá en sus adentros un no sé que de atractivo, singular é inexplicable para élla, que siempre había tomado á los cristianos por sus enemigos irreconciliables; ¿qué de-

bía sentir por ellos sinó desprecio y aversión?

Y no obstante, las nuevas simpatías iban tomando cuerpo en el corazón de la bella mora. Cada palabra que profería el cristiano, parecía repetirla Zedma en su interior, eran dardos deliciosos que atravesaban su azorado pecho; y cada mirada que Andrés la dirigía..... eran dos focos de luz que convergían en el espacio, con fuerzas bastantes para incendiar todo un bosque de corazones.

Zedma hubiera querido complacer en algo al jóven cristiano, pero ese algo era para élla un misterio; hubiera querido hablarle con la misma sencillez con que experimentaba brotar sus afectos; hubiera querido decirle como élla por raro don penetraba en su mente y llegaba á adivinar sus pensamientos... pero ¿cómo ser posible hablarle de esta suerte! ¿qué pensara de ello el viejo Omed!

Y Andrés ¿dábase cuenta de los afanes de Zedma? ¿acaso no le bastaba al jóven cristiano un movimiento de ojos, el menor ademán, la más ligera conmoción para acertar lo que Zedma deseaba, lo que quisiera manifestar, aún antes de abrir su delicada boca? ¿acaso las vehementes sacudidas de su pecho ante el conjunto de encantos que Zedma le ofrecía, no delataba la existencia de un noble sentimiento, oculto é inesperado? ¿dejó de advertir la compenetración de los dos ardorosos corazones? Andrés ¿pudo dejar de amar á la jóven hija de Omed?...

Experimentaba éste terribles dolores en la espalda y en uno de los brazos, cuando ofrecióse Andrés á buscarle unas hojas olorosas, que á su entender debían de templarle los rigores del sufrimiento; el arbusto crecía frente á la mansión misma del enfermo. Andrés salió presuroso, y Zedma decidió acompañarle.

\* \*  
\*

Aquel era el momento supremo; ambos presentían el golpe mortal.

—Jóven cristiano ¡cuanto celebro poder hablarte aquí, sin más testigo que los cielos! Llegó á decir la bella musulmana, no bien hubieron andado algunos pasos en busca de la yerba medicinal y después de unos instantes de silencio.

Andrés no podía disimular la emoción que le producían las palabras de Zedma, limitándose á contestar: no me cabe á mí semejante dicha, que me juzgues digno de tu confianza y de tus deseos.

—Ignoro si esa dicha de que me hablas, sea yó quien pueda prestártela; pero, sí, en tus manos está mi única felicidad en este mundo, replicó la mora y sin que osase levantar sus ojos á su compañero.

—Hermosa Zedma, no es posible que una mujer de tu rango y de tu...

—¿Dudas acaso de mis palabras?—interrumpióle con viveza la bella jóven—¿he de ser yo quien lleve á un vil engaño tu corazón?

Andrés no podía dudar de la veracidad de Zedma, pero de repente

creyó ver como surgía, interponiéndose entre sus almas generosas un negro é infranqueable muro: la religión que la jóven profesaba. Un cristiano ¿amar á una infiel? y no obstante ¿no era cierto que la amaba?

—Esta vez, hermosa Zedma, tu ardiente cariño te encubre la verdad. ¡Eres tan buena! ¡tan inocente aún!...

El rubor vestía de grana el rostro de la jóven mora, pero Andrés no había terminado.

—Sin embargo tu religión no puede consagrar jamás nuestro amor tan dulce y desinteresado, prosiguió el mancebo gravemente.

—Si de veras me quieres, no será mucho que abandones tus viejas creencias; el profeta te abrirá sus brazos; no lo dudes, Andrés mío.

—Abandonar mis creencias, apostatar de mi religión, separarme para siempre de mi Dios... ¡Mil veces la muerte, hermosa hija de Omed, y la más cruel de las muertes! Te lo juro por tu mismo amor... ¡Jamás! ¡jamás!...

Como el rayo poderoso que troncha en un instante la esbelta palma, acariciada poco antes por las esperanzas de sublime embellecimiento, rasgaron sin consuelo el corazón de Zedma las enérgicas palabras del cristiano. Dos gruesas lágrimas nublaron los ojos de la musulmana; desvanecidas miró en su interior las imágenes de dichoso porvenir que endulzaban sus momentos de

(Concluirá).